

Víctima: Miquel Serra Llinàs
Autoría: Cristina Robles de Pedro

Querido tío Miquel,

Me dirijo así a ti porque es como siempre te hemos conocido. Y por conocido, desgraciadamente, quiero decir que es como hemos sentido hablar de ti, pero por unos motivos completamente injustos nunca hemos podido tratarte ni has podido conocernos a nosotros. Yo soy Cristina, la nieta de tu hermana pequeña, Catalina. Tampoco pudiste conocer a mi madre, tu sobrina, Maria Victoria; ni a mi abuelo, tu cuñado Daniel. Y tampoco tuviste tiempo de formar tu propia familia.

Siempre has estado presente en nuestra vida, en forma de foto enmarcada en blanco y negro y en el relato oral de recuerdos de momentos familiares que no pudieron tener continuidad.

Mi abuela nunca olvidó pequeños hechos cotidianos de los pocos años que compartisteis; nos contaba, por ejemplo, que te ofreciste a llevarla a la otra punta de Palma para quitarle las anginas o que le dabas dinero ganado con tu trabajo para que pudiera ir al cine, que tanto le gustaba; y, sólo con estos relatos, hizo que te quisiéramos como te quería ella misma. Para referirse a ti, pasados los años y cargada de resignación pero no de olvido, lo hacía de una manera que le salía natural pero que me parece muy significativa: «cuando tomaron al tío Miquel». Precisamente, una acepción del verbo *tomar* es «Coger (algo de otros), a menudo contra su voluntad, con cierta violencia». Creo que queda todo dicho.

Te vinieron a buscar el 29 de septiembre de 1936, el día de tu santo y del aniversario de tu hermano Rafel. Tus padres fueron a la Costa de la Sang, donde entonces estaba la policía, pero los hicieron volver por allá donde habían venido con la amenaza de que quedarían retenidos porque había toque de queda. Sabemos que te encerraron en Can Mir, como a tantos otros. Allí pasaste tus últimas fiestas de Navidad, disculpándote con la familia, padres y hermanos, por no poder celebrarlas juntos, y todavía con la esperanza de recobrar la soñada libertad, esperando con ansia el día de poder volver a casa, que pedías que permaneciera con la puerta abierta. Una mañana del mes de marzo de 1937, cuando iba a trabajar, tu hermana Maria topó con un funcionario de Can Mir que le dijo que aquel día saldrías; acabado el jornal, muy contenta, volvió a vuestra casa, pero tú no estabas. Aquel día saliste de Can Mir, sí, como muchos de años después nos confirmó un compañero que coincidió allí contigo, pero no en libertad ni para volver a casa.

Me espeluzna pensar lo que debiste sufrir, con dieciocho años que tenías, insuficientes para haber hecho ningún daño en este mundo. Te tocó vivir un momento muy complicado, en el que tener determinadas ideas, muy legítimas, o, sencillamente, pensar diferente, hizo que se te privara de la oportunidad de vivir y que todos los que te rodeaban se quedaran con un



G
O
I
B



vacío que no consiguieron llenar nunca.

Hemos hecho todo lo que hemos podido para saber de ti y no dudes que lo continuaremos haciendo. No podemos cambiar lo que sucedió, pero sí que podemos hacer que no se olvide y que, de alguna manera, quede alguna huella tuya en forma de memoria.

Un abrazo muy fuerte,

Tu familia